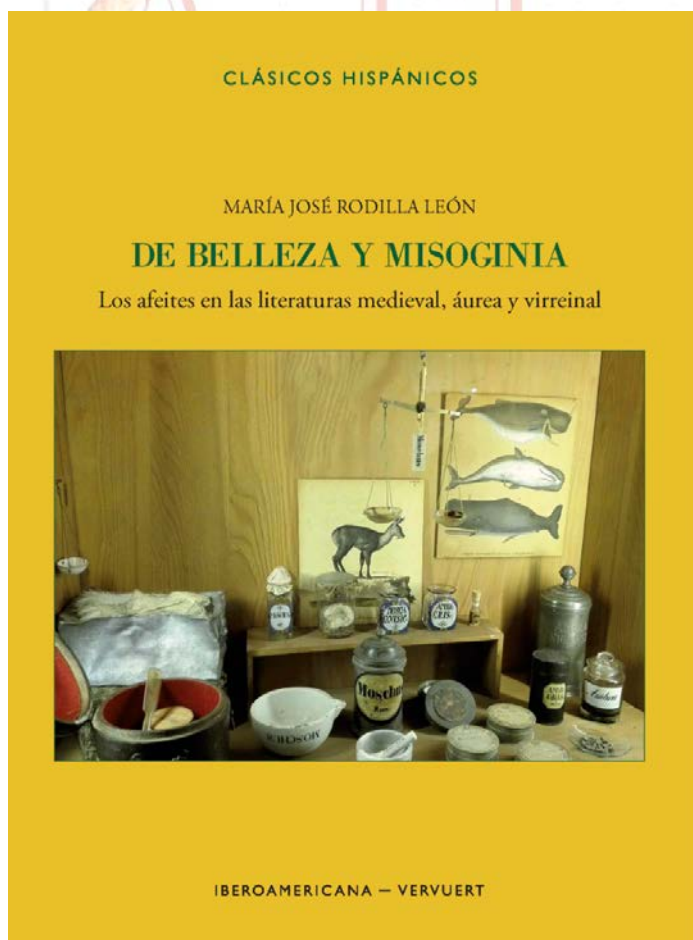


María José Rodilla León, *De belleza y misoginia: los afeites en las literaturas medieval, áurea y virreinal*

Clásicos Hispánicos, 23, Madrid/Frankfurt/Ciudad de México, Iberoamericana Vervuert/ Universidad Autónoma Metropolitana, 2021, 358 pp. ISBN 9788491921912

ALESSANDRA CRISCUOLO
Università Ca' Foscari Venezia



Pese al rastreo de los adornos corporales en las culturas primitivas y al reflejo de los cánones de belleza que supone el uso de utensilios para embellecer el cuerpo, el estudio de los cosméticos ha sido algo descuidado en el ámbito de la crítica literaria entre los siglos XV y XVII, o por lo menos, nunca se había examinado con sistematicidad y coherencia. Consciente de este vacío en la investigación, la profesora-investigadora de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, María José Rodilla León, en su libro *De belleza y misoginia: los afeites en las literaturas medieval, áurea y virreinal*, emprende con éxito el complejo camino del análisis de los adornos y el maquillaje empleados por las mujeres en las épocas citadas en el título, así como ofrece una profunda reflexión sobre la percepción de los mismos en la sociedad de esos tiempos. En el marco al que se ciñe el estudio en cuestión – pero realmente hasta hoy en día –, la apariencia y conducta femenina se halla sometida al juicio del otro, “del que te mira, te admira o te condena y rechaza” (12), como puede leerse en la “Introducción” al trabajo

comentado. Tanto es así que el corpus que conforma el presente estudio resulta ser de lo más variado y extenso, sobre todo debido a los casos en los que los cosméticos se sentenciaron y satirizaron despiadadamente por multitud de razones, como la supuesta voluntad de enmendar la obra divina, la repugnancia o el abuso de ciertas prácticas y la acusación de empujar al hombre al pecado y a la perdición. De ahí la pertinencia de la alusión a la misoginia en el título del trabajo comentado, pues los textos ejemplares sobre los que se apoya el examen de Rodilla León dan cuenta de los numerosos ataques burlescos contra las mujeres, tanto desde una



perspectiva poética como teatral, desde la literatura picaresca y costumbrista hasta cuentos y refranes e incluso recetas de cocina y de medicina.

El capítulo que abre las puertas al estudio, “Los afeites, la Biblia, la patrística y los moralistas”, abarca la pluralidad de discursos de reprobación no solo hacia el maquillaje, sino también hacia las galas, esto es “los ornatos, las joyas, los perfumes, los escotes de los vestidos, los mantos, zapatos, abanicos y otros accesorios femeninos” (16). Con un primer análisis de los “Textos fundadores” de la tradición moralista misógina –relacionada con Marcial, Juvenal y Tertuliano, entre otros– se empiezan a asentar las bases condenatorias del embellecimiento del cuerpo femenino, puesto que este se tenía que ocultar y abominar, por no mencionar el seguimiento del modelo de la Virgen María en su pureza y castidad, según el cual las mujeres no tenían que ‘afeitarse’ para otros hombres. Seguidamente, con el subapartado “El asco de los afeites y los sentidos”, la Profesora aborda la percepción sensorial ligada a este sentimiento de aversión que producen los cosméticos, dictado por la vista y el olfato, puesto que muchos de ellos se producían a través de animales muertos, de ahí su carácter desagradable. Sirva de ejemplo de crítica a los afeites que producen disgusto un comentario sacado de *La Celestina* (1499), en el que las prostitutas ofenden a Melibea porque esta se encuentra “todo el año encerrado con mudas de mil suciedades” (22). Pero además de este sentimiento de asco que desencadenan ciertos afeites, otra polémica llevada a cabo por los autores de ese periodo se refiere a lo oneroso del gasto femenino no solo para galas y vestuario, sino también para perfumes, extendiendo, pues, los ámbitos vituperados. Más aún, en el subcapítulo “Los afeites y la salud” se menciona incluso que, según ciertos escritos moralistas, los cosméticos atentan a la higiene y a la salud, pues perjudican, entre otras cosas, los dientes y la tez, así como producen jaquecas o la caída del cabello, unas consecuencias a las que también apunta fray Luis de León (“las cabezas padecen daño [...] destruye el cerebro”). Hacia el cierre de la primera sección del libro se halla el apartado “Pecados con los que se asocian las galas y los afeites”, en el que se recorren las creencias más difundidas y arraigadas sobre las transgresiones capitales asociadas con las denominadas “pompas del demonio” por Ezcaray en *Voces del dolor*, refiriéndose a los mismos adornos y cosméticos. Concretamente, se trata de siete pecados: la soberbia, por el envanecimiento que conllevan galas, joyas y afeites con respecto a las demás mujeres, con el que se relaciona la segunda culpa, la vanidad, debido a lo superfluo de ciertos gastos; la envidia, ligada a la murmuración al hablar mal de otras damas; la lujuria, por la perdición y tentación en la que caen los hombres por los escotes, las galas lujosas y el maquillaje; la pereza, al reprobar el desaliño de la persona no aseada pero sí afeitada; la avaricia, porque se derrocha en adornos y se descuida la caridad y amor al prójimo; y la gula, por la vinculación entre la comida y bebida con las ambientaciones solaces y perfumadas). Esta parte acaba con un párrafo titulado “Los afeites como obra del Diablo y castigos del infierno”, en el que se detallan algunas penas y condenas reservadas a las mujeres aliñadas y pintadas, que se asocian con imágenes satánicas y torturas impetuosas, como se demuestra, una vez más, en el ya nombrado escrito de Ezcaray: “una mujer condenada [...] rodeada de llamas infernales, a los dos lados venían dos demonios, que la traían presa con dos cadenas de fuego, cuyos remates le penetraban las entrañas”.

Siguiendo el camino trazado por la Profesora Rodilla León, el lector se encuentra con el segundo capítulo, encabezado por la temática general “Resplandores y sombras de los afeites. Ambigüedades literarias”, en el que se profundiza esta vez en las posturas adoptadas por prosistas, poetas y dramaturgos del marco temporal tomado en consideración, introducidos por el párrafo “Escritores críticos y maldicientes de los afeites femeniles”. El primer género abordado resulta ser el de la “Lírica medieval”, en el que se rastrean obras como, entre otras, el *Libro del buen amor*, del que se desprenden tanto perspectivas de condena como de ensalzamiento de los afeites. Sea como fuere, al parecer, dos escritos paradigmáticos en cuanto a la denigración de los cosméticos se comentan en el subapartado “Dos obras señeras en el

maldecir de los afeites y sus epígonos: *La Celestina* y *El Corbacho*", en las que tanto Fernando de Rojas como el Arcipreste de Talavera se muestran violentamente reacios al uso de los mismos. Efectivamente, en el primer caso Calisto alaba la belleza de Melibea por su pureza y naturalidad, a diferencia de las que "consumen sus vidas, comen sus carnes con envidia, danles siempre crudos martirios, pensando con artificio igualar con la perfección que sin trabajo dotó a ella natura [...]", y en la segunda obra se insulta rotundamente a las "malas y viciosas mujeres" con expresiones como "malditas, descomulgadas, difamadas, traidoras, alevosas, dignas de [...] ser quemadas". Incluso la literatura sapiencial o doctrinal se halla repleta de refranes y cuentos contra los afeites de las mujeres, como se desprende del subpárrafo, "Didactismo misógino: cuentos, proverbios y máximas" en el *Libro de los buenos proverbios* o en *Bocados de oro*, de la misma forma que otra obra relevante en este sentido se refleja en *Lo somni* de Bernat Metge, citado en el siguiente apartado, "Visiones del más allá y sátiras misóginas", en el que sobre todo se recrimina el tiempo –excesivo– empleado por las damas para arreglarse y peinarse. Entrando luego en el ámbito poético, en el subcapítulo "Poetas del siglo XV" destacan personalidades maldicientes de mujeres como Pere Torroella, con sus *Coplas de las calidades de las donas*; Hernán Mexía con *Otras suyas en que descubre los defectos de las condiciones de las mujeres, por mandado de dos damas, y endereza a ellas estas primeras*; y fray Antonio de Medina, con sus *Coplas contra los vicios y deshonestidades de las mujeres*. Seguidamente, se abren las puertas al "Renacimiento", en el que, frente al canon de belleza mujeril (piel blanca, cabellos rubios, labios y mejillas rojos, cejas negras, brazos y manos alargadas, pechos firmes y redondos, pies pequeños) relacionado con la idea de la mujer como imagen de Dios, la dama afeitada representaba la suciedad, el asco y el gasto, a juzgar por ciertos comentarios en obras como las *Coplas a las comadres* de Rodrigo de Reinosa o el *Diálogo de mujeres* de Cristóbal de Castillejo. El trayecto misógino sigue con el "Barroco", en el que Rodilla León empieza su recorrido con Cervantes, partidario de lo natural por encima del artificio, según se desprende de *La gitanilla*, pues de Preciosa se afirma que "ni los soles, ni los aires, ni todas las inclemencias del cielo a quien más que otras gentes están sujetos los gitanos, pudieron deslustrar su rostro ni curtir las manos". En cambio, el apartado dedicado a Quevedo se divide por géneros, de ahí que bajo el subpárrafo "Prosa" se incluyan ejemplos sacados de obras como *El libro de todas las cosas* o los *Sueños*, pues en el *Sueños del infierno* el diablo sermoneador hace coincidir los afeites con el engaño, la condena y la maldad. Por otro lado, también en la poesía quevediana abundan los ejemplos satírico-burlescos de sentencias contra los afeites, como en el caso de "Desnuda a la mujer de la mayor parte ajena que la compone" o "Hermosa afeitada de demonio". Tras acabar el recorrido por las obras de Quevedo con un apartado sobre los entremeses, en concreto, sobre *La ropavejera*, Rodilla León pasa a analizar "Otros poetas barrocos", de los que resaltan Luperco Leonardo de Argensola con su *Sátira a Flora* y su hermano Bartolomé, el cual concuerda con los pensamientos moralistas de no estropear la obra divina, entre otros. Desde luego se halla en la obra en cuestión un subcapítulo dedicado a "Lope, Calderón y el teatro áureo", del que se deduce que el Fénix desprecia los afeites y eleva la naturalidad, como se muestra en el soneto "A una dama que salió revuelta una mañana" o en la obra dramática *El amigo hasta la muerte*, por poner unos ejemplos, pues el corpus teatral lopesco citado resulta muy extenso, como no podía ser de otro modo. Frente a Lope, la producción calderoniana aparece mucho más escasa por lo que a los afeites se refiere, en consonancia con el caso de Tirso de Molina. El tema de los engaños domina también el apartado que se focaliza en las "Letras picarescas y costumbristas", con críticas misóginas a los adornos y cosméticos contenidas en obras como *El viaje entretenido* de Agustín de Rojas, el *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán, o el mismo *Buscón* de Quevedo, en el que la Paloma se describe como "una vieja de bien, arrugada y llena de afeite, que parecía higo enharinado", entre otras alusiones. Después analizar los textos más emblemáticos desde un punto de vista censorio, el capítulo "En defensa de las mujeres y de los afeites" se centra por otra parte en quienes se han decantado a favor de

las mujeres, a fin de luchar contra la vehemencia de los misóginos esencialmente por dos razones: por petición de sus damas o como “espejos de mujeres destinados a su educación” (125). Basten, como muestra, los textos ejemplares *El triunfo de las donas* de Juan Rodríguez del Padrón, y el *Tratado en defensa de las virtuosas mujeres*, de Diego de Valera, el cual contiene biografías de mujeres ilustres, de las que destaca por ejemplo Camila, que se opuso a su inferior condición femenina por haber abandonado “las mujeriles blanduras”. Hacia el final de este segundo capítulo, en “Los virreinos - Los dramaturgos y poetas”, Rodilla León recorre algunos textos virreinales con el objetivo de averiguar cómo se enraizó el tema de los afeites en las letras americanas, de las que Sor Juana Inés de la Cruz aparece como una “excelente maestra del retrato femenino” (133), que en su obra resulta teñido de gran humor, subvirtiendo los cánones petrarquista en aras de lo prosaico. Concretamente, puede afirmarse que la postura sorjuaniana con respecto a la belleza femenina se liga a la reivindicación de lo natural –el mayor valor– frente a lo afectado y superfluo, haciendo primar el conocimiento y el cultivo del intelecto frente a lo exterior.

El trayecto misógino llega a su tercera parada con el capítulo “Las metáforas del afeite o el afeite como metáfora”, en el que se profundiza en este recurso retórico comenzando enseguida con el apartado “El artificio en el estilo”, un título que se debe sobre todo a que la cosmética, en clave platónica, puede compararse con el arte de la ilusión, la simulación, la mentira. No es un caso que una de las metáforas clásicas del afeite sea “el artificio aunado a la mentira” (143), como lo demuestran unos versos de Rodrigo Cota incluidos en el *Diálogo entre el amor y un viejo*: “Yo hallo el sumo deleite, / yo formo el fausto y arreo / y tan bien cubro lo feo / con la capa del afeite”. Pues bien, empezando por el subpárrafo “El afeite y el amor”, hay que resaltar que los cosméticos que simbolizan el engaño amoroso y la seducción ya hicieron su primera aparición con el Arcipreste de Hita y llegaron hasta a Cervantes, el cual en *Las dos doncellas* pone de manifiesto la queja del personaje femenino por haber dejado de ser doncella debido a las “palabras compuestas y afeitadas de fementidos hombres”. Seguidamente, en “El afeite y los refranes” la atención se desplaza en el estudio de dichos y proverbios que contienen en sí algunos comentarios misóginos sobre los afeites y la hermosura femenina, el gasto dedicado a los cosméticos, la vanidad, el maldecir de los afeites, hasta la bucarofagia y la opilación, por citar unos temas recurrentes. Simplemente a modo de muestra, nótese refranes como “Salud y alegría, belleza cría; atavío y afeite, cuesta dinero y miente”; “A mujer afeitada, tuércela casa (Esto es, no la mires)” o “Niña del color quebrado, o tienes amor, o comes barro”. Tras repasar este tapiz refranero, el trabajo de Rodilla León prosigue con un análisis de “Vicios y virtudes”, apuntando ante todo a Tertuliano y sus consejos en calidad de metáforas de los vicios y de las galas convertidos en virtudes, así como hace referencia a los Padres de la Iglesia y a sus símiles con los atuendos y ungüentos mujeriles. Para enriquecer aún más el corpus de metáforas relacionadas con los afeites, el estudio reseñado se extiende al examen de los recursos retóricos animalescos en el subcapítulo “Los afeites y la mujer en la metáfora animal”. Como es sabido, la comparación de las mujeres con animales resulta ser una imagen bastante trillada en la patrística y en la tradición moralista ginófoba, y en efecto es posible rastrear ejemplos de metáforas vinculadas con felinos, aves, reptiles, peces y animales acuáticos, como se subraya en los apartados englobados bajo la entrada arriba mencionada. Pero claramente, tras abarcar el mundo animal, también es de rigor abrazar el potencial ofrecido por la naturaleza, por lo que en “Los afeites y la mujer en metáfora vegetal”, la Profesora ofrece ejemplos ligados a este ámbito, que a diferencia de los demás –en su esencia, denigratorios–, presentan ciertas suavizaciones con respecto al tema de los afeites. De hecho, la metáfora de las flores confiere mayor delicadeza y no refleja el usual tono condenatorio de las figuras que se han indicado anteriormente. Como cierre ya de la tercera sección del libro, se ubica el capítulo “Otras metáforas”, en el que se indagan las metáforas restantes y comunes por lo concerniente a los afeites, como por ejemplo la de la nave, de la cisterna o del corcho. Dentro de este último

apartado también tiene cabida un subpárrafo sobre las “Metáforas culinarias”, de las que poetas del calibre de Quevedo se han valido mucho, como puede comprobarse con ciertas imágenes como la de la pringue, el aceite o la manteca o, en el caso de Lope, del pastel, las verduras o los peces enharinados.

El capítulo 4 lleva por título “Retratos, usos y costumbres de afeites, perfumes y otros accesorios”, con lo cual el propósito de la autora es el de observar con más detenimiento tanto retratos como algunos de los rituales corporales realizados por hombres y mujeres en el estrado o en la alcoba. Empezando por “El cabello”, a nivel general se hace hincapié en que esta parte de la cabeza es una de las que más favorece a la mujer y su adorno ha caracterizado todas las épocas como instrumento de seducción, pero profundizando en las técnicas de embellecimiento femenino, se llega al segundo y al tercer apartado, “Tocados y postizos” y “Enrubiar y encrespar el cabello”. En estas dos subsecciones se focaliza la atención sobre adornos –en ocasiones muy extravagantes– y estrategias utilizadas por las mujeres a fin de completar y embellecer el peinado, así como se analizan ejemplos en los que se recurre a los cabellos postizos, con anexas críticas y sátiras sobre el uso de los ajenos y sobre la costumbre de teñir y enrizar el pelo. Pasando ya a la investigación de “El rostro”, el viaje literario misógino empieza por “La blancura de alabastro”, reafirmando el color por excelencia que constituía el canon de belleza desde la Edad Media, pues incluso Boccaccio describe la hermosura ideal haciendo referencia a este tipo de tez en *Caídas de príncipes* (“[...] el color del rostro como una rosa blanca y como los lilios”). El segundo imperativo se relaciona desde luego con las mejillas y los labios, que tenían que ser de una tonalidad roja intensa, como se desprende del apartado “El carmín de mejillas y labios”, en el que se detalla que las mujeres recurrían a granos de granada y bermellón con tal de enrojecer estas partes del rostro. Asimismo, otra costumbre singular se precisa en “Alcoholar los ojos”, puesto que las damas intentaban conferir más luz a su mirada pintando sus ojos con kohl (antimonio pulverizado y alcohol), un resultado al que se alude en unos versos de la jornada II de *Eco y Narciso* de Calderón: “Usáronse los ojos rasgados / luego, y dieron en abrirlos / tanto, que de temerosos / se hicieron espantadizos”. El uso de instrumentos artificiales vuelve a aparecer en “Lunares pintados y postizos”, de los que se ofrece una buena muestra en *La lozana andaluza*: “y aquel lunar postizo es porque, si miráis en él, es negro y unos días más grande que otros”. Pero sin duda, como se manifiesta en “La tez lívida y la golosa costumbre de comer barro”, una de las prácticas –o hasta vicios– más frecuentes de las damas del Siglo de Oro era la de mascar o comer barro, con el propósito de provocar tal opilación en el estómago que la tez empalidecía y estaban listas para la seducción. Ejemplos paradigmáticos pueden rastrearse básicamente en todos los escritores barrocos, desde Góngora con sus letrillas y el *Polifemo*, hasta Lope con *El acero de Madrid* y Quevedo con sus poemas satírico-burlescos. Por otra parte, el tema de las “Caras tapadas” cierra el apartado sobre el rostro, con una gran cantidad de alusiones en la lírica y en el teatro áureos, pues también se condenaba el uso del manto por considerarse una estrategia de seducción, a la par de los afeites y las galas. Otras secciones corporales comentadas por Rodilla León se hallan en “Manos, pies y otras partes del cuerpo”, donde se examinan estos otros elementos de atractivo, como puede notarse por ejemplo tanto en las obras lopescas *Santiago el Verde* (“Símbolo dicen que son / de las mujeres las manos, / que quien las quiere tener / buenas, y adobarlas trata [...]”), como en *La Dorotea*, “Engastaban unos pies, / que fueran manos de amor. / Unos blancos zapatillos, / de quien dijera mejor / que eran guantes de sus pies”). Más allá del cuerpo en sí, también a continuación se recorre un camino por frascos de alabastro, ungüentos, aceites y jabones tanto para embalsamar la propia persona como los objetos llevados puestos, como se describe en “El uso de los perfumes y otros accesorios” y en “El ámbar para perfumar guantes, calzados y abanicos”. Cambiando ya de género, en “Las costumbres afeminadas de los varones: galanes, lindos y virotos” se examinan esta vez todas esas prácticas que se vinculaban con la vanidad de los hombres, igual de condenable

que la de las mujeres, pues en ellos también hay, como se apunta en *El día de fiesta* de Zabaleta, “un natural deseo, por vicio de la naturaleza introducido, de parecer bien a las mujeres”, con lo cual el afeite no es exclusivamente femenino. El uso de maquillaje y perfume por parte de los hombres aparece en numerosas obras de los siglos XVI y XVII, según puede contrastarse en *Casa de los locos de amor* de Quevedo: “Otros querían enamorar por lo lindo, muy preciados de tufos y guedejas, manos blancas, y pies chicos, con zapatos romos [...]” o en una letrilla gongorina: “Y del galán perfumado, / para holocaustos guardado / que hace cara a los afeites / para dar a sus deleites”. Otra condena perenne de los moralistas resulta estar dirigida a los viejos que tiñen sus canas, emblema de la vejez y por tanto sabiduría y experiencia de los años, conforme se detalla en “Viejos canosos”, de los que una buena muestra puede ser una vez más una referencia quevediana, de *El mundo por dentro*: “¿No ves los viejos, hipócritas de barbas, con las canas envainadas en tinta, querer en todo parecer muchachos?”. El último capitulillo dedicado a los usos y rituales relacionados con los afeites, “Costumbres en los virreinos” y, en particular en “Los conquistadores y cronistas”, el foco se desplaza al espacio americano, con la vestimenta y las prácticas indígenas para acicalarse, de las que la *Historia general de las cosas de la Nueva España* de Sahagún representa un texto muy valioso en este sentido. Concretamente, es de resaltar un pasaje sobre atuendos y adornos femeniles: “Usaban las señoras de poner mudas en la cara con color colorado o amarillo o prieto, hecho de incienso quemado con tinta. Y también untaban los pies con el mismo color prieto, y también usaban traer los cabellos largos hasta la cinta”. Acabando con la cuarta sección, el apartado final, “Los moralistas americanos”, se centra en los represores, inquisidores y predicadores que pese a las críticas han contribuido a enriquecer el repertorio de usos y costumbres de las mujeres de la Nueva España, según simboliza el caso de Ezcaray, ya mencionado anteriormente, con su obra *Voces del dolor*.

Al detenerse en el Capítulo 5, titulado “Los afeites y los oficios”, puede notarse cómo, además de relacionarse con tratados religiosos y morales, también los afeites se extienden al ámbito médico, farmacéutico, herbolario, culinario y a manuales para mujeres, pues queda claro que para su realización son necesarios distintos oficios. Los primeros se abarcan en “Las terceras y buhoneras, hacedoras y vendedoras de afeites”, de los que, sin ir más lejos, puede traerse a colación una referencia a la mismísima Celestina, la cual, antes de describirse como “alcahueta y un poquito hechicera”, se presenta como “labradora, perfumera, maestra de hacer afeites y de hacer virgos”. Por otra parte, un oficio que desde Tertuliano ya se vinculaba con el embellecimiento femenino es el de las rameras y cortesanas, como se precisa en el subcapítulo “Los afeites y la prostitución”, en el que, entre otros, se cita una vez más al Cervantes condenador de los adornos, según se manifiesta en algunas *Novelas ejemplares* como *Rinconete y Cortadillo*: “Al volver, que volvió, Monipodio, entraron con él dos mozas, afeitados los rostros, llenos de color los labios y de albayalde los pechos, cubiertas con medios mantos de anascote, llenas de desenfado y desvergüenza: señales claras por donde, [...] conocieron que eran de la casa llana”. Más aún, también las actrices se vinculaban con la prostitución, conforme se declara en “Los afeites y las comediantes”, de ahí que bailes, saraos y comedias — por meneos, cantos y contoneos — se criticaban severamente. Pasando ya a “Las mujeres casadas y las dueñas o damas de compañía”, puede observarse que incluso las mujeres casadas eran objeto de condena por parte de los moralistas, pues además del gasto de la hacienda y el descuido de la casa, al afeitarse, su comportamiento coincide con el de las prostitutas, como afirma rotundamente fray Luis de León en *La perfecta casada*: “porque el darse al afeite de ramera es, y no de buena mujer [...]. Su cuenta es el desenlazar las bolsas de sus maridos; y el consumirles las haciendas en sus vanos antojos”. La quinta sección acaba con otra serie de oficios íntimamente ligados a los afeites y detalladamente analizados en “Boticarios, perfumistas, herbolarios, especieros, hortelanos, médicos, buhoneros, mercaderes y otros oficiales

auxiliares de las mujeres”, según se desprende ya en *El Corbacho*, en el que se mencionan personajes que hacían “los cabellos rubios, aguas para lavatorios infinitas [...]”.

El sexto y último capítulo de la obra comentada se titula “Tesoros de sabiduría y prácticas femeniles” e inmediatamente después figura “Tratados de belleza y cuidado del cuerpo”, por lo que se entiende que se revisan las técnicas que realizaban las mujeres para cuidar el cuerpo y mantener su buen estado, puesto que buena parte de los autores que se han repasado también han proporcionado recetas sobre los afeites. Un gran protagonismo en este apartado lo tiene sin duda Ovidio, que en sus *Poemas eróticos* ofrece consejos y fórmulas con la finalidad del embellecimiento femenino y su posibilidad de seducción, desde luego con tonos irónicos, misóginos e incluso escatológicos. Sobre este tema, aparece muy interesante la existencia de algunas obras custodiadas en la Biblioteca Nacional de España precisamente dedicadas a la descripción de estas prácticas para el adorno mujeril, entre las que destacan el *Libro de recetas de pivetes, pastillas y uvas perfumadas y conservas* y *Recetas experimentadas para diversas cosas*. Finalmente, la superstición y la magia también resultan insoslayables a la hora de abordar la cosmética: la mayor eficacia de ciertos rituales se garantizaba con la fe, los efectos de la luna o el agua de mayo, por citar algunas de las creencias. Es lo que se analiza en el apartado “Las propiedades maravillosas y terapéuticas de las plantas y de animales para cosmética”, en el que se recorren dichas hechicerías a partir de Heródoto, Dioscórides y Plinio, hasta llegar a Cervantes y a Lope de Vega, pues valga como muestra una referencia en *El perro del hortelano*, en la que se alude a que la sangre de murciélago es buena “para quitar el cabello”.

Tras el capítulo conclusivo, el libro de Rodilla León no acaba con la “Bibliografía” final, sino que después de las obras consultadas se incluyen dos secciones añadidas, a saber, “Apéndice 1” y “Apéndice 2”, en las que se presentan respectivamente un “Glosario de afeites y otros adornos relacionados con ellos” y un “Recetario”. En el primero se recogen algunas palabras que figuran en el libro y los lugares de donde la autora ha tomado su definición, mientras que el segundo, como sugiere el mismo título, contiene una serie de recetas transcritas del manuscrito 6058, apéndice 2, fols. 115v y 116 de la Biblioteca Nacional de España, en particular del apartado “Libro en que se hallaran diversas memorias así para adobar guantes como para hacer muchas y diferentes olores. Agua almizclada y otras aguas y cosas de buen olor”.

A modo de recapitulación breve, del análisis emprendido mediante el repaso de obras literarias y tratados pertenecientes a la época medieval, áurea y virreinal, puede llegarse a la conclusión de que belleza y misoginia resultan casi inescindibles, ya sea por el buen o el mal empleo de los afeites. Si enmendar la obra divina, camuflar la vejez y no agradar al marido se consideraban cual actos condenables en opinión de los moralistas religiosos, puede declararse que muchas mujeres les desobedecían y procuraban remedios y recetas para alcanzar el nivel de belleza y juventud por ellas deseado. Se ha puesto de manifiesto, pues, la sumisión de las damas a las censuras denigrantes de los Padres de la Iglesia, poetas, dramaturgos, teólogos, moralistas y predicadores, los cuales intentaron reglamentar el uso cosmético mediante sus argumentos misóginos a la mujer y sus prácticas de embellecimiento. Sea como fuere, como ha evidenciado la Profesora, realmente el afán de menospreciar la belleza femenina simplemente se configuraba como pretexto para que los hombres evitaran caer en ciertas tentaciones, apoyando sus teorías en los pecados capitales y en otras cuestiones como el deterioro, la afectación de la salud, el mal olor o el excesivo gasto económico que suponía la disposición de cosméticos. Sin embargo, como se ha adelantado, es posible observar casos en los que la mujer ha rechazado su subyugación a dichos discursos moralistas, recurriendo al engaño con su estética para conseguir un buen marido o una sustanciosa dote, o creando recetas desde sus cocinas. En fin, el tema de adornos y afeites resulta ser de encendido debate debido a las numerosas prohibiciones y condenas originadas, que sin embargo han sido útiles para

reconstruir un corpus multigenérico extenso ypreciado de costumbres exóticas, representadoras de la mujer en las épocas estudiadas.

